

## **Consentimiento y dominación en la sociedad contemporánea**

**Juan Carlos Seoane**

El tema de la autoridad simbólica, la hegemonía y en definitiva la dominación, supone un vínculo entre quienes están sometidos y quienes ejercen el poder, y ese vínculo es la creencia. La creencia no puede cultivarse ni sostenerse sin afecto y goce. Por esto, la resistencia al mandato del dominante no puede ser un cambio de la conciencia racional o de conocimiento. La obediencia no se sustenta a nivel intelectual. De los teóricos que han sostenido este aspecto clave en el goce, muchos apoyados en la teoría lacaniana, figura el griego Yannis Stavrakakis (Stavrakakis: 2010, 2014) quien cita los experimentos de Stanley Milgram (Milgram: 2005) en la Universidad de Yale entre 1960 y 1963. Los mismos consisten en observar hasta qué punto las personas están dispuestas a castigar a otras, sometiéndolas a descargas eléctricas cada vez más potentes y dolorosas. El estudio sostiene que los sujetos analizados obedecen la orden de una autoridad casi hasta sus últimas consecuencias. De los 40 hombres que participan en el experimento, donde se administraba de forma falsa electricidad a otros individuos, 26 llegaron a aplicar la descarga más letal posible. Este experimento, ya famoso, supone un grupo de científicos que convoca a ciertas personas diciendo que serán parte de un ensayo científico en el que deben aplicar descargas eléctricas a otros individuos parte de la investigación, de ellos, escucharán quejas y súplicas para que no se continúe el choque eléctrico, a pesar de lo cual las personas al mando de la botonera –ficticia, pero no para ellos- continuarán dando descarga tras descarga a instancias del científico que lo autoriza e incentiva en nombre de la ciencia.

Extrapolar la obediencia a la autoridad con la obediencia en el capitalismo, lleva a preguntar ¿La resistencia a la autoridad, es a la autoridad capitalista? ¿Por qué los “sujetos” no desobedecen a ese sujeto de supuesto saber? Stavrakakis, por tanto, lleva las cosas al terreno de que los sujetos gozan siendo dominados. Ni más ni menos. Destacaré dos confusiones. 1) El sistema de autoridad no es necesariamente capitalista, pero esto el autor lo sabe bien, ejemplos históricos sobran, como ser el comunismo o el fascismo, por citar variantes modernas. 2) No hay ningún sujeto social que se asuma como tal, y en

consecuencia no hay ninguna interpellación respecto de un sujeto supuesto saber que no sea en el nivel individual.

Quizás aquí lo interesante es cómo el autor cae en la falacia de nivel. Recordemos que es la falacia de extrapolar un nivel, por ejemplo, el individual, hacia un nivel social, dado este caso que comenté. Lo individual está en juego en lo social evidentemente pero no puede sostenerse que un sistema como el capitalista está mantenido por el goce. En esta falacia lo que se está desconociendo es la esfera de las instituciones (lo jurídico, por ejemplo).

Oponerse al capitalismo es diferente a desear el no capitalismo; algo que la teoría crítica y progresista como el teórico griego llama al marxismo y postmarxismo, no han tomado en cuenta suficientemente. Se ha puesto énfasis en la lucha ideológica y se desatendió la identificación y la interpellación –comenta-. Stavrakakis sostendrá que el cambio social y político no es una cuestión cognitiva, racional, ni tampoco políticamente correcta. Lo que se resiste al cambio es el investimento subjetivo y colectivo de las creencias. Aquí, el planteo sigue bastante literalmente a Zizek (Zizek: 2001), que, tomando a Lacan afirma que la política contemporánea es la política de la *jouissance*, y se preguntará: qué impide a la cognición y a la voluntad racional, derribar un régimen injusto.

Stavrakakis, introduce lo que yo llamaría el tema del reduccionismo psicológico. Lo que llamábamos falacia del nivel. Si, por ejemplo, sostengamos que los países belicistas son producto de tener familias con padres autoritarios; o la guerra nace por la irrupción de impulsos reprimidos, se están desconociendo los factores económicos, políticos y geopolíticos que intervienen en un acontecimiento social como la guerra. Lo que va a hacer Stavrakakis es anular esa división entre lo social y lo individual.

Según él, en períodos de incertidumbre y conflicto surgen las utopías (equivalente al fantasma en sus términos), lo que es una respuesta a la negatividad, al antagonismo. Los intentos de sutura del orden social y el lugar de la promesa de completud son un elemento político ineludible. Se establece una discusión sobre el lugar del objeto petit a que encarna el universal sin dejar de ser un particular. Esto es lo que llevará a Laclau a pensar la lógica de la hegemonía (Laclau: 1996, 2004) con categorías lacanianas para el análisis político, al considerar la imposibilidad de la sociedad como un todo, como figura de que “la relación sexual no existe”, o sea que nunca hay una objetividad social plena, debido a la falla estructural. Así, la única posibilidad de anclar un orden democrático estaría dada por la

institucionalización de esa falta. Mientras que el totalitarismo busca cerrar el conflicto y la contingencia (bajo la fantasía y la utopía), y pretende eliminar los particularismos disgregantes, la democracia radical, aspira a reconocer el lugar de la falta y convoca a la disputa por la hegemonía.

En el entender de Stavrakakis no es posible alcanzar la hegemonía sin manipular la dimensión corporal de la jouissance. La teoría lacaniana del goce es capaz de mejorar notablemente la comprensión de los procesos de adhesión que reproducen las relaciones de subordinación, sostiene. Pero, me pregunto, ¿las relaciones de subordinación se mantienen en el tiempo por y en función del sistema económico capitalista exclusivamente o por un “sistema” jerárquico que no tiene su nudo esencial en la economía capitalista?

#### Hegemonía: Laclau y Stavrakakis

El capitalismo se mostró capaz de desarrollar un asalariado satisfecho y ciertas empresas consiguen realizar este ideal aun cuando por otra parte las políticas neoliberales desbasten otros sectores del asalariado. En las sociedades modernas, individualistas y democráticas, la integración supone a la vez que el individuo sea promovido como autónomo, dueño de sus elecciones, y que los sujetos construyan sociedad mediante la adhesión a principios comunes, universales. (Dubet: 2015)

El capitalismo neoliberal conlleva un gran emprendimiento de psicología gerencial basado en la gestión de recursos humanos donde se genera motivación argumentando mayor grado de iniciativa y autonomía; así las transformaciones históricas del capitalismo dejan atrás las formas más violentas y primitivas. Cada período del régimen de acumulación admite ciertos deseos. La innovación histórica del neoliberalismo, en términos de afectos movilizados en torno al salario, es producir una nueva frontera de satisfacción en el compromiso con el trabajo. El trabajo no debe ser una maldición, ni siquiera el medio de subsistencia: debe convertirse en una ocasión de la realización de sí. (Lordon: 2015)

El capitalismo es una realidad histórica, lo que supone que no es el último escalón de la historia de la humanidad, pero presenta serias dificultades para concebir su salida. De diferente modo a la homogeneización imperante en el orden del capital, la articulación

política de la hegemonía sólo se instituye a partir de la diferencia irreductible entre las demandas no satisfechas por las instituciones y donde la heterogeneidad no tiene suturas permanentes. De allí la fragilidad e inestabilidad de las equivalencias, que, de un modo contingente, se pueden llegar a plasmar en una voluntad colectiva. (Laclau: 1996, 2004) Las equivalencias entre las diferentes demandas, nunca vuelven homogéneo el espacio de la hegemonía. Esta es una distinción clave. Sólo de este modo, en la representación siempre fallida de la articulación hegemónica, el sujeto encuentra su lugar como diferencia. Estamos hablando entonces de economía, por un lado, de representaciones sociales (sin las que los sujetos no podrían ver las equivalencias), y de la política y lo político por otro. En este sentido los planteos de Stavrakakis no ayudan a pensar adecuadamente el problema.

Desde su punto de vista el consentimiento del asalariado frente al capital parece dudoso: los asalariados dicen que consienten, pero en realidad creen que consienten. Se encuentran en un estado de servidumbre voluntaria. Están contentos pero engañados –dirá. Esto permite un debate: ¿En nombre de quién discutirle al sujeto diciéndole que no es libre ¿Cómo sostener que se equivoca y goza donde no debiera gozar?

## Cierre

Las utopías o fantasías sociales que suturan el orden calman esos miedos, pero debieran dar paso a construcciones donde la configuración hegemónica recale en establecer consensos posibles, con sujetos reales que hilvanen sus intereses para generar un polo de poder en democracia. Así lo ha sostenido Laclau a lo largo de su obra, desechando teorizaciones dudosas que cuestionen las conciencias y los deseos de los sujetos que interactúan en el campo abierto de lo social, donde cada actor, ya está estructurado en un habitus pero liberado en sus interacciones sociales. En este sentido resultan interesantes las investigaciones de Christian Laval (Laval-Dardot: 2015) quien ve en el neoliberalismo una forma de vida basada en la competencia, a la que debe contraponerse una noción de “lo común”, que desaloje al absolutismo de la propiedad, ya que es lo que constituye el verdadero riesgo de la humanidad. Ahora bien, para potenciar esto, propone analizar por parte del mundo intelectual, los fenómenos de movimientos sociales que han accionado en este sentido: movimiento de indignados de España en 2011, protestas de la plaza Taksim en

Estambul en 2013, etc. Donde se solicitaba una democracia radical. Buscar en la práctica de los actores sociales la punta del ovillo que pueda ser el inicio de una lógica diferente a la del neoliberalismo, pero basada en las posibilidades reales con relación a las fuerzas políticas existentes y donde pueda diferenciarse la lógica del capital con la de la autoridad, que no necesariamente van juntas.

## Bibliografía

- Dubet, Francois (2015) ¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario). Buenos Aires, S. XXI.
- Laclau, Ernesto (2004). Hegemonía y estrategia socialista. Buenos Aires, FCE.
- Laclau, Ernesto (1993). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (1996) Emancipación y diferencia. Buenos Aires, Ariel.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2015) Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI, Barcelona, Gedisa.
- Lordon, Frédéric (2015) “La servidumbre voluntaria no existe. Consentimiento y dominación, entre Spinoza y Bourdieu” en Pierre Bourdieu. La insumisión como herencia. Louis, Edouard (Dir.). Buenos Aires, Nueva Visión.
- Milgram, Stanley (2005) Obedience to Authority (1974) Londres, Pinter and Martin.
- Stavrakakis, Yannis (2010) La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política. Buenos Aires, FCE.
- Stavrakakis, Yannis (2014) Lacan y lo político. Buenos Aires, Prometeo.
- Zizek, Slavoj (2001) El sublime objeto de la ideología. Buenos Aires, S. XXI.
- Zizek, Slavoj (2011) El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Buenos Aires, Paidos.